
TIEMPO DE MEMORIA

ALMUDENA GRANDES

La herida perpetua

El problema de España
y la regeneración del presente



TUSQUETS
EDITORES

ALMUDENA GRANDES
LA HERIDA PERPETUA
El problema de España
y la regeneración del presente

Edición y epílogo de Juan Díaz Delgado

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: mayo de 2019

© Almudena Grandes, 2019

© del Epílogo: Juan Díaz Delgado, 2019
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-694-4
Depósito legal: B. 8.942-2019
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Preliminar: Historia de este libro.	9
Algunos personajes para entender una década	15
1. Los derechos se defienden en la calle	47
2. Para qué sirve la política	89
3. Los servicios públicos son propiedad de todos nosotros	149
4. España huele muy mal.	181
5. Regeneración democrática: una entelequia española	213
6. Leer la página de la memoria antes de pasarla	253
7. Por unos valores laicos y republicanos	277
8. Defender el fuerte, o seguir siendo de izquierdas en el siglo XXI	293
9. El laberinto catalán	325
10. Elegir la esperanza	357
Epílogo: El país en el que me ha tocado vivir, <i>por Juan Díaz Delgado</i>	371
Cronología.	379
Procedencia de los textos	393

Photoshop

Mariano Rajoy tras su segunda derrota electoral

En las marquesinas de los autobuses tenía los ojos muy grandes, los labios finos y un mentón ajeno, como de otro hombre. En las farolas, las cejas eran nigérrimas, los ojos habían encogido y la barbilla apuntada le daba cierto aire de duendecillo. Ambas imágenes, lejos de rejuvenecerle, inspiraban desconfianza en un candidato incapaz de aparecer ante los votantes sin retoques. Había una tercera foto, la mejor para mi gusto, que no había pasado por el Photoshop. En ella sonreía de verdad, no con la mueca ensayada que adoptaba en los debates. Captado en escorzo, parecía un hombre mayor, algo cansado, con la mandíbula cuadrada y la barba canosa. Él mismo.

Confieso que, mientras estudiaba sus retratos, no sospechaba que Rajoy fuera a crecer tanto como personaje. Confieso, además, que en este momento, nada en la política española me interesa tanto como su patética grandeza de boxeador sonado, que se tambalea en el ring mirando hacia delante. Hay algo épico y algo ridículo en ese «¡Dejadme solo!» que ha dejado tamañita la lánguida, pestañeante entereza que Gallardón exhibía hace no tanto. Sé que debajo hay más pragmatismo que otra cosa, pero en esa actitud late también la posibilidad de que otro «gran resultado» en 2012 lleve al PP a permanecer hasta dieciséis años en la oposición.

Como todos los creadores, y él lo es ahora más que nunca del futuro de su partido, Rajoy toma de la tradición solo lo que le interesa. González y Aznar perdieron dos veces, dice, y es verdad. Pero ambos ganaron al menos una vez por mayoría ab-

solita, y eso por no citar el ejemplo de Simancas, paradigma del perdedor contumaz. Rajoy confía en el desgaste y en el cansancio, pero ambos son armas de doble filo. ¿Qué votantes se cansarán primero, los que ganan o los que pierden? Si son los suyos, la próxima vez no le va a servir de mucho el Photoshop.

Dos adjetivos

Rosa Díez critica el proceso
de paz en Euskadi

Hoy me habría gustado escribir sobre frivolidades, porque el debate de investidura parecía proporcionar una coyuntura propicia a la relajación. Durante unos días, el paréntesis de serenidad que hemos vivido creaba la ilusión de que España es un país normal, con un Parlamento normal, en el que los ganadores ganan, los perdedores pierden y Bono dice misa. Menos da una piedra. Pero cuando me disponía a comentar la repentina tendencia de Rajoy a dejarse fotografiar con los brazos extendidos, como crucificado por las circunstancias, unas comillas me han hecho daño.

Pongo las comillas por delante, porque sin ellas habría dudado de la veracidad de las palabras de Rosa Díez, por más que ella nunca me haya inspirado el menor grado de simpatía, ni de confianza. Los ciudadanos, creo yo, todavía podemos aspirar a que los políticos aparenten ser personas decentes, y nadie capaz de rentabilizar sus derrotas personales reconvirtiéndolas en súbitas crisis de conciencia lo es. Menos aún cuando se presenta como un espejo de ciudadanía mientras combina, con la irresponsabilidad de una bruja novata, los instintos más bajos del electorado. Pero, con todo y eso, el otro día se pasó de la raya.

«Disparatado e inútil.» Esos fueron los adjetivos que Díez escogió para calificar el proceso de paz que emocionó e ilusionó a un país entero. Así describió aquel intento fallido, tal vez prematuro, quizás torpe o solo desgraciado, que se malogró como se malogran tantas cosas buenas en este mundo. Parece mentira que haya que recordar que la paz nunca es un dispa-

rate, y que perseguirla jamás es inútil. Claro que España no es un país normal. Si lo fuera, Zapatero se mostraría orgulloso de haber cumplido con la obligación de intentarlo, yo podría dedicarme a escribir sobre frivolidades, que buena falta me hace, y hoy, 14 de abril, sería fiesta nacional.

Mariano Macbeth
María San Gil dimite
como líder del PP en Euskadi

Las tres brujas se aparecen ante Macbeth sin que él las haya invocado. Le halagan, le fascinan, le enloquecen con la promesa de un poder ilimitado. Macbeth se lanza, en pos de sus palabras, a una espiral de crímenes horribles y no sospecha que es apenas un títere, el juguete de tres mujeres astutas e impías, que lo utilizan sin escrúpulos para servir a fines muy distintos de los que declararon previamente. No sé si Mariano Rajoy ha leído a Shakespeare. Ignoro si conoce el argumento de este inmortal espejo de la ambición y las traiciones, pero me temo que en la política española se está montando un *Macbeth*, y que él ya ha sido elegido, desde luego a traición, y a su pesar, como protagonista.

Se me podrá objetar que Ana Botella desentona, y lo admito. Es cierto que se aturulla con algunos conceptos, que no domina el lenguaje profético, pero los números impares siempre son complicados, y en un trío, ya se sabe, es natural que alguien flaquee. Se me podrá objetar también que falta Lady Macbeth, pero en eso no estoy de acuerdo. Aunque su físico no acompañe, Soraya lleva semanas limpiando manchas de sangre simbólica en el Congreso y, que yo sepa, no ha conseguido borrar ninguna. Por otra parte, no me digan que el resto del reparto no está bien escogido.

Aquellos gritos de ¡Viva Mariano!, ¡Tú sí que eres un líder!, se han precipitado abruptamente por un abismo de deslealtad. De Aguirre me esperaba cualquier cosa, pero que María San Gil convocara a los medios en un día de luto, tras un atentado

terrorista mortal, no para confortar a las víctimas sino para machacar a su jefe, ha desatado el pestilente aroma del azufre. Mientras tanto, Mariano se prepara para la batalla. Si hubiera leído *Macbeth*, ya sabría que no va a ser vencido por un hombre nacido de mujer. Ahora que, de las propias mujeres, Shakespeare no dijo nada. Ni mu.

Sofía de Grecia se pronuncia en contra del aborto, la eutanasia y el matrimonio homosexual

Señores, señoras, se ha abierto la barra libre. Qué alivio, porque la verdad es que esta boda, aparte de eterna, estaba siendo aburridísima. La Reina ha opinado, y lo ha hecho con una libertad que creíamos privativa de quienes votamos para elegir a los representantes que en el Parlamento elaboran y aprueban las leyes en vigor. Como resulta que no es así, que cada uno opine lo que quiera. Todo pasa, todo queda, y la gran profesional de antaño ya no es la que era. ¿O sí? Mientras el Rey busca apoyos por el mundo para que el socialista Zapatero pueda refundar el capitalismo —una hazaña que no sé si me inspira más risa o más lástima—, la Reina da la de arena. Ironizando sobre la libertad de expresión para sugerir que sus límites le parecen excesivos cuando se emplea contra su familia, la ejerce después, sin límite, para sumarse a la postura de la caverna nacionalcatólica en temas que afectan a otras familias, como el matrimonio homosexual, el aborto, la eutanasia, la violencia machista y la enseñanza de la religión.

Me apunto a la barra libre para opinar, con mi propia plebeya libertad, que sus palabras no son sino otra prueba de la naturaleza anacrónica, fosilizada y hasta conceptualmente monstruosa —por la incompatibilidad esencial de los principios en que ambas instituciones se fundan— que adquiere la Monarquía al convertirse en la forma de Estado de una nación democrática. Porque en una democracia, por principio, ningún poder, simbólico o efectivo, debería estar nunca por encima de la soberanía popular. Al arrogarse una libertad que no le corresponde, ya

que su figura está más allá de los deberes, pero también de los derechos de los demás, la Reina ha ahondado esta contradicción y, en su condición de símbolo del Estado, ha convertido a millones de españoles en súbditos de segunda. Por mí, desde luego, a mucha honra.

Cuestión de fe Ángel Gabilondo, tras su nombramiento como ministro de Educación

Cumplir años tiene una gran ventaja, que es seguir aquí para contarlos, y muchos pequeños inconvenientes, como la presbicia, las tallas inconfesables, las malas digestiones y el exceso de información. A cierta edad, una conoce ya a mucha gente, desde hace mucho tiempo, y esta circunstancia, lejos de resultar ventajosa, se convierte en una fuente de inquietud en situaciones como el tumultuoso cambio de Gobierno que ha arrebatado a cofradías y penitentes los titulares de la semana pasada.

Ser joven implica, entre otras muchas bendiciones, no haber oído nunca hablar de los ministros que entran en un Gobierno, y sin embargo, no lamento la edad que me ha dado la oportunidad de conocer a Ángel Gabilondo.

Hubo una época, no tan lejana, en la que yo creía firmemente que este país tenía arreglo, y que la enseñanza pública, aquel «educación, educación y educación» que los republicanos repetían marcando el ritmo con los nudillos, podría ser la palanca capaz de propulsarnos hacia la prórroga del sueño colectivo que se interrumpió, como casi todos los sueños, hace ahora setenta años. Ya no lo creo, y sin embargo, sé que si alguien puede hacer algo por el prestigio y por el futuro de la educación pública en España, es este filósofo sabio e irónico, guipuzcoano de nacimiento, madrileño de adopción, gaditano en verano y aficionado a hablar en griego clásico en todo momento, que no solo sabe pensar bien, sino enseñar a pensar bien a los demás.

Eso, devolver a España al recto pensamiento, es el gran desafío de Gabilondo, al frente de un ministerio que represen-

ta apenas una cáscara nacional de las consejerías autonómicas, responsables directas del desastre. Porque la política no es solo cuestión de leyes y de presupuestos. Antes que eso es, sobre todo, cuestión de fe. Y si recuperamos la fe en la enseñanza pública, quizás no esté todo perdido.